

Beauharnais, cuando éste fuese al Escorial á presentar sus respetos á la corte. Estos signos convenidos de antemano, no debían dejar duda alguna sobre la misión secreta que Escoiquiz aseguraba haber recibido de Fernando. Efectivamente, Mr. de Beauharnais, en su primera visita en el Escorial, observó al príncipe con atención, vió los signos convenidos, fué además objeto de los mayores obsequios, y no pudo ya conservar ninguna incertidumbre acerca de la misión del canónigo Escoiquiz. Aun cuando estaba seguro sobre este particular difirió todavía escucharle hasta que estuviese autorizado competentemente por su corte. Dirigió entonces á París una comunicación misteriosa, en que decía, que un hijo inocente, cruelmente tratado por su padre y por su madre, invocaba el apoyo de Napoleón, y pedía ser su afectuoso y reconocido protegido. Impaciente Napoleón con tan ridículo misterio, mandó decir á Mr. de Beauharnais, fuera más inteligible y más esplicito. Este obedeció refiriendo todo cuanto había pa-

*sona de mi confianza, para que pueda dar acerca de mi situación noticias más estensas que las que pueden comunicarse por escrito, ó para cualquiera otro objeto que su sabiduría juzgue necesario, S. M. I. no tiene más que mandarlo para ser obedecido en el momento, como lo será en todo lo que dependa de mí.*

«Os renuevo, señor, las seguridades de mi estimación y de mi gratitud; os ruego conservéis esta carta como un testimonio eterno de mis sentimientos, y pido á Dios os conserve en su santa guarda.

«Escrito y firmado de mi propia mano, y sellado con mi sello. Escorial, 11 de octubre de 1807.»

*Fernando.*

sado: hizo la narración circunstanciada en una correspondencia secreta que revelaba tanto su torpeza, como su sinceridad, y cuyo documento no debía ser ni fué depositado en el archivo de negocios extranjeros. Se le contestó, que era necesario escucharlo todo, no prometer más que un benévolo interés en los infortunios del príncipe, y en cuanto á la demanda de matrimonio, declarar que la proposición era demasiado vaga para tomarse en consideración, y poder dar el consentimiento ó la negativa.

Comenzadas estas relaciones en julio de 1807, continuaron en agosto y setiembre con el mismo temor de comprometerse por parte de Mr. de Beauharnais, é igual deseo de ser atendido por la de Fernando. Este príncipe se decidió por fin, á remitir, por medio del canónigo Escoiquiz dos cartas, una para el embajador y otra para el mismo Napoleón, en las que deplorando sus desgracias y los riesgos de que se veía amenazado, pedía formalmente la protección de la Francia y la mano de una princesa de la familia Bonaparte. Estas dos cartas fechadas en 11 de octubre, no fueron remitidas á Francia hasta el día 20 por el cuidado que Mr. de Beauharnais puso en procurarse un conductor seguro, y no llegaron hasta el 27 ó 28 en el mismo instante en que acababan de recibirse en París otras noticias no menos importantes de que enteraremos pronto á nuestros lectores.

Al mismo tiempo que Fernando se dirigía á Napoleón, no sabiendo si la protección francesa sería bastante pronta y bastante declarada para salvarle, trató de tomar sus precauciones en Madrid. De acuerdo con sus amigos, concibió la idea

de dar algunos pasos para que su padre se dignase escucharle , para abrirle los ojos , denunciarle los crímenes del príncipe de la Paz , la complicidad de la reina , y ya que no sus ilícitas relaciones con el favorito , á lo menos su abyecta sumision á la voluntad de aquel dominador de la casa real ; y por último , para suplicarle que pusiera término á los escándalos , á las desgracias que desolaban la España , y á los peligros que amenazaban á su infortunado hijo. Fernando debia remitir al rey una carta que contuviese aquellas revelaciones , suplicándole que se la devolviera despues de haberse enterado de ella , porque una indiscrecion podia poner su vida en peligro. La minuta de esta carta fué escrita por mano del mismo canónigo Escóquiz. Ademas de este paso , los autores del plan habian imaginado , para el caso en que el rey muriese repentinamente , dar al duque del Infantado poderes firmados de antemano por Fernando , en los cuales se le conferia la capitania general de Castilla la Nueva , para hallarse en disposicion , si fuese preciso , de resistir con la fuerza de las armas las tentativas del príncipe de la Paz. Tales eran los medios preparados por aquel conciliábulo , para precaverse de un proyecto de usurpacion , para precaverse de un supuesto ; medios que seguramente no revelaban un profundo talento , ni mucha audacia de carácter. Pero durante aquellos manejos del príncipe y sus amigos , no se habian descuidado tampoco los espías que los rodeaban , y habian observado mas movimiento que el acostumbrado. Habian visto escribir á Fernando con mas frecuencia de la que ordinariamente solia hacerlo , y le habian oido en su exasperacion contra su madre y

el favorito , verter espresiones muy duras. La entrada de las tropas francesas en España , objeto de infinidad de conjeturas , habia dado tambien lugar á discursos muy imprudentes por parte del príncipe y de sus parciales. Estos , que miraban ya como cierta la proteccion de la Francia , y que se vanagloriaban de ella , aunque durante largo tiempo imputaron á Godoy como un crimen el procurársela y pagarla con una ciega sumision , se complacian en insinuar , y aun algunas veces en decir en voz alta , que no en vano pasaban el Pirineo los ejércitos franceses , y que el despreciable gobierno que oprimia á la España no tardaria mucho en convencerse de ello ; lo cual era desgraciadamente mas cierto de lo que pensaban y hubieran deseado.

Una de las personas encargadas de observar á Fernando , (se cree que una dama de la servidumbre de palacio) , bien porque hubiese obtenido la confianza de los secretos del príncipe , ó porque dirigiese una indiscreta mirada á sus papeles , se lo reveló todo á la reina , que al saber aquellos pormenores sufrió un violento acceso de cólera. El príncipe de la Paz , no se encontraba en aquel momento en el Escorial , porque tenia la costumbre de pasar una semana en aquel real sitio , y otra en Madrid : ademas estaba enfermo. Se le envió á llamar secretamente , y salió de su palacio por una puerta escusada , porque en aquella circunstancia queria se ignorase su presencia en el Escorial , y disipar la idea de que pudiese ser el instigador de las escenas que se preparaban. La reina mucho mas irritada que él , trató de persuadir al rey , que se tramaba una vasta conspiracion contra su trono y

su vida : sostuvo que era necesario obrar sin demora , no temer un rompimiento que ya se habia hecho necesario , invadir de improviso la habitacion del príncipe , y apoderarse de sus papeles antes de que tuviera tiempo de destruirlos. El débil Carlos IV , incapaz de conocer á donde se le conducia con semejante paso , consintió en lo que se le pedia , y en la misma tarde del 27 de octubre, dia en que se firmó el tratado de Fontainebleau, permitió que se violase la morada de su hijo , y que se ocupasen sus papeles. El jóven príncipe, que aunque era algun tanto disimulado , no tenia gran talento ni valor , quedó consternado , y lo entregó todo. Los papeles de que acabamos de hacer mencion , mezclados con otros mas insignificantes, fueron puestos en manos de la reina que quiso examinarlos por sí misma. Los arrebatos de aquella princesa fueron escesivos al leer el escrito en que se denunciaban todas las infamias del favorito , y en que por lo menos se veian tambien indicadas sus fragilidades. Por muy débil que fuese, y aun cuando estoviese muy obcecado el infeliz monarca , este documento no hubiera sido bastante para persuadirle que su hijo habia meditado un crimen , y tal vez , abriendo sus ojos , llegaria á producir el efecto que Fernando y el canónigo Escoiquiz se habian propuesto. Pero desgraciadamente habia otros papeles , como una cifra destinada á una correspondencia misteriosa , y ademas la órden en que se nombraba al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva, en la cual habia quedado en blanco la fecha para ponerla en el momento de la muerte del rey. Estos dos últimos documentos parecieron suficientes á la reina,

para deducir de ellos todas las suposiciones imaginables para engañar al desgraciado Carlos IV , y para engañarse á sí misma. No conteniéndose ya al leer aquellos papeles , dijo , y quizá creyó , que en ellos se encontraban las pruebas de una conspiracion para destronar á su esposo y á ella , y aun para atentar contra su vida ; porque ¿qué objeto tenia aquella cifra como no fuese la correspondencia con los conspiradores? ¿para qué hacia Fernando , que todavia no era rey , aquel nombramiento de comandante militar , sino para consumir una criminal usurpacion?... Presentada esta demostracion al pobre Carlos IV con muchos arrebatos y gritos , se llenó de turbacion. Derramó lágrimas de dolor por un hijo á quien todavia amaba , y que sentia encontrar tan culpable ; despues dió gracias al cielo que salvaba de tan gran peligro su vida , su trono , su esposa y su amigo Manuel. La reina , á quien la exaltacion natural á su sexo , inducia á tomar en todo esto una iniciativa muy cómoda para el favorito , declaró que era necesario una represion pronta , enérgica , que satisficiera á la magestad del trono ultrajado , y preservase al Estado de la repeticion de semejantes conjuraciones. Resolvióse , pues , que se prendiese en el instante mismo al príncipe y sus cómplices, que se llamase en seguida á los ministros y principales personajes del Estado , que se les manifestase el descubrimiento que acababa de hacerse , y la real resolucion de formar causa criminal á los culpables. Esta disposicion era abominable é insensata, porque despues de semejante escándalo , no podia menos de perseguirse al príncipe á todo trance, convencerle del crimen , aunque fuese inocente,

privarle de sus derechos á la corona, y dar de este modo al trono suspendido al borde de un abismo, un sacudimiento que podia precipitarle en él, y que le precipitó en efecto. Pero perseguir al príncipe, hacerle condenar por jueces enemigos suyos, y privarle del cetro, era lo que quería justamente aquella reina enfurecida, aunque tuviese que arros-  
trar los mayores riesgos.

Cumplióse cuanto deseaba: Godoy se volvió á Madrid para hacer creer que no habia salido de él, y que era extraño á las trágicas escenas del Escorial. El rey se dirigió á la habitacion de Fernando, le mandó entregar su espada, y le dejó arrestado. En seguida se despacharon correos en todas direcciones, para la captura de los supuestos cómplices en la conspiracion. Fueron convocados los ministros y los miembros de los Consejos, y con la consternacion pintada en sus semblantes oyeron la comunicacion de cuanto se habia decidido: guardaron todos el mas profundo silencio, no por celo, sino por abatimiento.

Despues de tan escandaloso acto, ya no era posible ocultar á la nacion los tristes acontecimientos de que acababa de ser teatro el Escorial. En los países esclavizados, en que se halla prohibida la publicidad, las noticias importantes circulan con tanta rapidez y tan completamente como en los estados libres. Vuelan de boca en boca, propagadas por una curiosidad ardiente, y exageradas por la credulidad que no se desengaña. Todo Madrid sabia ya las escenas del Escorial, y las demas ciudades y pueblos de España iban á saberlas bien pronto. Sin embargo, publicar oficialmente el supuesto descubrimiento de la conspiracion, era

denunciar la persona del príncipe á la nacion, y hacer irreparables las desgracias del trono. Pero la reina y el favorito no querian otra cosa. En su consecuencia, exigieron un acto de publicidad, que solo se acostumbraba en los grandes acontecimientos, como el nacimiento ó la muerte de un rey, una declaracion de guerra, un tratado de paz, una gran victoria ó una gran derrota, y se comunicó á todas las autoridades del reino, el real decreto siguiente.

«Dios, que vela sobre las criaturas, no permite la ejecucion de los hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Asi me ha librado su omnipotencia de las mas inauditas catástrofes. Mi pueblo, mis vasallos, todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de veneracion, cual exige el respeto de un padre amante de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta verdad, cuando una mano desconocida me enseña y descubre el mas enorme y el mas inaudito plan que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida mia que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para mi sucesor que preocupado, obcecado y enagenado de todos los principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é instrucciones que recibia de los malvados. Convoqué al examen á mi gobernador interino del Consejo, para que asociado con otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo se hizo, y de ellas resul-

tan varios reos cuya prision he decretado, asi como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena quedaba á las muchas que me afligen; pero asi como es la mas dolorosa, es tambien la mas importante de purgar, é interin mando publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasallos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente.

«En San Lorenzo á 30 de octubre de 1807.—  
Al gobernador interino del Consejo.

En aquella córte en que nada se hacia sin contar con París, en que el hijo oprimido, el padre involuntariamente opresor, y el favorito perseguidor de ambos, buscaban en Napoleon un apoyo para su desgracia, su ineptitud ó sus crímenes, no era posible entregarse á semejantes extravagancias, sin dar noticia de ellas. Por consiguiente la vispera del acto oficial que acabamos de referir, se dictó al desgraciado Carlos IV una carta para Napoleon llena de un dolor ridiculo, y sin dignidad alguna, en que decia que su hijo le habia hecho traicion y amenazado su persona y su poder, y en que anunciaba nada menos que su voluntad de variar el órden de sucesion al trono (1).

(1) He aqui el testo de esta carta:

*Carta del rey Carlos IV al emperador Napoleon.*

«Señor mi hermano: en los momentos en que solo me ocupaba en los medios de cooperar á la destruccion de nuestro enemigo comun, cuando creia que todas las maquinaciones de la anteriormente reina de Nápoles ha-

Napoleon no habia recibido, como ya hemos visto, la carta del 11 de octubre en que Fernando le pedia su proteccion y una esposa, y que no llegó á sus manos hasta el 28 del mismo mes. En los dias 5, 6 y 7 de noviembre, recibia sucesivamente las de su embajador y de Carlos IV que le participaban la sensible ocurrencia del Escorial. Veíase, pues, obligado en cierto modo á mezclarse en los asuntos de España, aun cuando no hubiese querido, y ciertamente mucho mas pronto de lo que esperaba y deseaba. Como ya hemos dicho, hacia algun tiempo que estaba persuadido de que era riesgado dejar á los Borbones en un trono tan elevado y tan próximo, y de que ademas tenia que renunciar á todo servicio útil por parte de la Es-

bian sido sepultadas con su hija, veo con un terror que me hace estremecer, que el espíritu de intriga ha penetrado hasta en el seno de mi mismo palacio. ¡Ayl mi corazon se despedaza al referir tan espantoso atentado... Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono, habia formado el horrible proyecto de destronarme; se habia arrojado hasta el exceso de atentar contra la vida de su madre. Un atentado tan horroroso debe ser castigado con todo el rigor de las leyes. La que le llamaba á la sucesion debe ser revocada: uno de sus hermanos será mas digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono. En este momento me ocupo en descubrir sus cómplices para profundizar este plan de la mas negra maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir de cilo á V. M. I. y R. suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

«Quedo rogando á Dios, mi buen hermano, que tenga á V. M. I. y R. en su santa y digna guarda.

*Carlos.*

En San Lorenzo á 29 de octubre de 1807.»

paña, mientras que estuviese en manos de una raza degenerada. No sabia de qué pretexto valerse para herir á unos esclavos que se prosternaban á sus plantas, que le aborrecian, querian hacerle traicion, que lo habian intentado algunas veces, y que apenas comenzadas sus perfidias las habian negado humildemente. Tampoco desconocia el peligro, si destronaba á la dinastía española, de chocar con una nacion ardiente é indomable, que deseaba mudanzas, aunque incapaz de hacerlas por sí misma, mas pronta sin embargo á rebelarse contra la mano estrangera que intentase efectuarlas por ella. Aplazaba, pues, este negocio, y no se apresuraba ni se habia fijado todavía en el partido que debia adoptar, como lo prueba el tratado de Fontainebleau, que no contenia mas que aplazamientos. Pero un hijo que se dirigia á él para pedirle una esposa y su proteccion, un padre que le denunciaba á su hijo como criminal, le ofrecian, por decirlo asi, una ocasion forzosa de mezclarse inmediatamente en los asuntos de España: y lleno todavía de dudas, de ansiedad, deseando y temiendo lo que iba á emprender, y como guiado por un irresistible y fatal impulso, dió órdenes precipitadas, señales de una voluntad fuertemente escitada.

Hasta entonces los movimientos que habia prescripto á sus tropas no tenian por objeto mas que el Portugal (1); pero desde aquel momento, los

(1) La reiterada lectura de su correspondencia mas secreta me ha probado que hasta los acontecimientos del Escorial, solo pensaba en Portugal, y que desde aquellos sucesos ya no pensó mas que en España. Las fechas de

preparativos recibieron una estension y actividad que no podian dejar ninguna duda en cuanto á su objeto. Habia compuesto el ejército del general Junot destinado á invadir el Portugal, con los tres campos de Saint Lo, Pontivy y Napoleon; el ejército de reserva del general Dupont (conocido con el nombre de segundo cuerpo de la Gironda) con los primeros, segundos y terceros batallones de las cinco legiones de reserva y algunos batallones suizos. Estos dos ejércitos, de los que uno habia entrado ya en España, y el otro se hallaba en camino para Bayona, presentaban un efectivo de cerca de 50,000 hombres. Estas fuerzas no eran suficientes si estallaban en la Peninsula graves acontecimientos, porque solo el segundo ejército era el que podia emplearse en España. Napoleon aceleró su marcha hácia Bayona, mandó el general Dupont que fuese inmediatamente á ponerse á su cabeza, y resolvió componer otro tercero, que tomase su título de la necesidad especiosa de vigilar las costas del Océano, privadas de las tropas destinadas á su custodia. Denominó á este ejército *cuerpo de observacion de las costas del Océano*, le dió por jefe al mariscal Monecy, que habia hecho la guerra en España, y dispuso que constase de unos 34,000 hombres. Para formarle sacó de los depósitos regimientos del grande ejército acantonados á orillas del Rhin, desde Basilea á Wesel. Aquellos depositos que habian recibido muchas conscripcio-

sus órdenes, comparadas con las de las noticias de Madrid, no pueden dejar ninguna duda sobre su correlacion, y prueban que las unas fueron consecuencia cierta de las otras.

nes y que no tenían ya que enviar refuerzos al grande ejército, abundaban en soldados jóvenes, cuya instrucción estaba ya comenzada, y en concepto de algunos casi concluida. Para un cuerpo de observación, fuese en Francia ó en España, Napoleon creía muy suficientes aquellos jóvenes soldados. Mandó, pues, sacar de los cuarenta y ocho depósitos establecidos á orillas del Rhin otros tantos batallones provisionales, compuestos de cuatro compañías de 150 hombres cada una. De que resultaban 600 plazas por batallón y componía un total de 28,000 hombres de infantería. Ordenó que cuatro batallones formasen un regimiento, dos regimientos una brigada, y dos brigadas una división, y que todo el cuerpo se distribuyese en tres divisiones á las órdenes de los generales Musnier, Gobert y Morlot. Los puntos en donde iban á organizarse eran Metz, Sedan y Nancy. La organización de estas tropas, debía ser la de los cuerpos provisionales, dependiendo siempre cada batallón del regimiento de que era segregado. Napoleon mandó además que á cada división se uniese una batería de artillería de á pie, y que se formasen en Besanzon y La Fere otras tres baterías de artillería de á caballo, lo cual debía hacer subir á 36 las bocas de fuego. El general Mouton recibió orden de trasladarse á Metz, Nancy y Sedan para velar sobre la ejecución de aquellas medidas. Las cuatro brigadas de caballería, también de forma provisional, reunidas en Compiègne, Chartres, Orleans y Tours, fueron distribuidas entre los dos cuerpos de los generales Moncey y Dupont. Los coraceros y cazadores fueron agregados al del último general, y los dragones y húsares al del ma-

riscal Moncey. Como el ejército del general Junot bastaba para la ocupación de Portugal, quedaba disponible para los acontecimientos de España el cuerpo del general Dupont titulado *segundo de la Gironda*, y el del mariscal Moncey, denominado *cuerpo de observación de las costas del Océano* que componían juntos unos 60,000 hombres. En fin, siendo cada día más graves las noticias de Madrid, Napoleon dispuso, como ya lo había hecho antes, que se apostasen carruages desde Metz, Nancy y Sedan á Burdeos para trasladar las tropas con más celeridad. Para animarlas á soportar la fatiga y ocultar su objeto, previno se dijese á los soldados que iban á socorrer á sus hermanos de Portugal, amenazados por el desembarco de un ejército inglés.

Napoleon hizo que coincidiese con la aproximación de sus conscriptos á España, un movimiento retrógrado de sus veteranos hacia el Rhin: todos los países del otro lado del Vístula fueron evacuados. El mariscal Davout, que con los polacos, sajones, su tercer cuerpo y una parte de los dragones había quedado en Polonia, al otro lado del Vístula, y formaba la primera comandancia, se replegó entre el Vístula y el Oder, ocupando á Thorn, Varsovia y Posen, y su caballería las orillas del mismo Oder. De este modo, la Polonia, muy recomendada á Napoleon por el rey de Sajonia, consiguió un notable alivio. El mariscal Soult que formaba la segunda comandancia, recibió orden de evacuar la antigua Prusia y de retirarse hácia la Pomerania prusiana y sueca, continuando su caballería en la isla de Nogat. En la derecha del Vístula no quedaron más que los granaderos

de Oudinot que ocupaban á Dantzic. El primer cuerpo que habia pasado á las órdenes del mariscal Victor, permaneció en Berlin, y su caballería de línea á retaguardia en las orillas del Elba. El mariscal Mortier con los cuerpos quinto y sexto y dos divisiones de dragones siguió en la alta y baja Silesia. El príncipe de Ponte-Corvo, que era el único que mandaba las fuerzas de las orillas del Báltico, desde la toma de Stralsund y la disolucion del cuerpo del mariscal Brune, debió ocupar á Lubeck con la division Dupas, á Luneburgo con la division Boudet, á Hamburgo con los españoles y á Bremen con los holandeses. La caballería que restaba sin haber sido agregada á estas diversas comandancias, pasó al Hanover, y los soldados de Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse, é Italia obtuvieron autorizacion para volver á sus respectivos países. La artillería de sitio, las provisiones de vestuario, calzado y armas, comprados á precio de oro en Polonia y Alemania, fueron enviados á Magdeburgo. La guardia imperial, en número de doce mil hombres aceleró su marcha hácia Paris.

Al prescribir Napoleon estos movimientos habia tenido el doble objeto de descargar al Norte de la Europa y llevar á Francia algunos regimientos antiguos. Además de la guardia que esperaba de un momento á otro, debian ir llegando sucesivamente diez regimientos de infantería, cierta porcion de artillería y muchos cuadros de dragones. En todo esto se condujo con su acostumbrada destreza, para que de aquel cambio resultase, en vez de una dislocacion, la mejor organizacion de sus cuerpos de ejército.

El cuerpo de Lannes, compuesto de los granaderos de Oudinot, habia quedado al principio en Dantzic: pero eran demasiado numerosos para aquella poblacion, como defensa y como carga. Napoleon acordó la disolucion de la division Verdier compuesta de cuatro hermosos regimientos de infantería. Dos de ellos, el 2.º y 12 de ligeros que formaban parte de la guarnicion de Paris, fueron llamados á aquella capital. Los otros dos, el 72 y 3.º de línea pasaron á la division Saint-Hilaire, en reemplazo de tres regimientos el 43, 55 y 14 de línea que se habian sacado de ella porque tenian su depósito en el campo de Boloña y Sedan. Aque la division quedaba reducida á cinco regimientos, número de que Napoleon no queria pasar. De la division Morand, que constaba de seis regimientos, se sacó el del número 51. La de Dupas, que con los sajones y polacos componian en Friedland el cuerpo de Mortier, no presentaba mas que una agregacion accidental, y era gravosa á la ciudad de Lubeck. Napoleon la tomó el 4.º ligero que formaba parte de la guarnicion de Paris y el 15 de línea, que pertenecia á Brest. Por último, el 44 de línea que habia quedado de guarnicion en Dantzic para descansar y reponerse del desastre de Eylau, y que ya no era necesario en aquella ciudad, fué llamado á Francia. El 7.º de línea que habia quedado disponible por la evacuacion de Braunau, lo fué igualmente. La artillería de la disuelta division Verdier se unió á los cuerpos que regresaban á su país. El arma de dragones era en el Norte mas numerosa de lo necesario. Los soldados de los terceros escuadrones de los regimientos 4.º, 3.º, 5.º, 9.º, 10, 15 y 4.º ingresaron



en los dos primeros escuadrones, y recibieron orden de volver á Francia.

Así es, que sin desorganizar sus cuerpos, reduciéndolos á proporciones mas uniformes, y rompiendo únicamente las agregaciones eventuales, Napoleon supo encontrar el medio de disponer de diez buenos regimientos de infanteria, casi todos pertenecientes á París ó á los campos de sus inmediaciones; lo cual era una ventaja mas, porque aquellos regimientos que habian suministrado muchas plazas á los cuerpos de Portugal y la Girona, se encontraban de este modo mas próximos á sus destacamentos. Este profundo arte de disponer de las tropas, es quizá la parte mas elevada de la ciencia de la guerra, y es necesario á todo gobierno, aun en tiempo de paz, para la buena administracion. El grande ejército del Norte constaba aun de cerca de trescientos mil franceses, sin contar los polacos y sajones que habian quedado en Polonia y los soldados procedentes de Baviera, Wurtemberg, Baden, Hesse é Italia, que aun cuando se volvian á sus paises respectivos no estaban licenciados y podian volver á la primera orden. Napoleon tenia entonces, añadiendo al grande ejército los de la alta Italia, de la Dalmacia, de Nápoles, de las islas Jónicas, de Portugal, España y el interior, ochocientos mil hombres de tropas francesas, y ciento cincuenta mil, por lo menos, de tropas aliadas (1), poder colosal y aterrador, sobre todo, si se reflexiona que la mayor parte se

(1) Creemos conveniente citar una carta curiosa de Napoleon á José, en que le espone, haciéndole una gran confianza, la inmensa estension de sus fuerzas; carta en

componia de soldados experimentados, que los mismos conscriptos estaban encerrados en antiguos cuadros, que todos tenian escelentes oficiales, los mas habiles que ha producido jamás la guerra, y que estos, en fin, marchaban á las órdenes del mas grande de los capitanes.

Despues de aproximar al Rhin sus antiguas tropas, y de enviar los soldados jóvenes á los Pirineos, Napoleon lleno de curiosidad, aguardó con impaciencia noticias de Madrid, que creia debian

que á la par del orgullo que sentia al verlas tan considerables, se descubre el embarazo de tenerlas que pagar.

*Carta del emperador al rey de Nápoles.*

Fontainebleau, 21 de octubre, de 1807.

«La gran necesidad que tengo de establecer el buen orden en mi estado militar para no introducir el desarreglo en todos mis negocios, exige que establezca bajo un pie definitivo mi ejército de Nápoles, y que sepa que están cubiertas sus atenciones.

«Podeis juzgar del cuidado que debo tener en los pormenores, cuando sepais que tengo en pie mas de 800,000 hombres. Tengo un ejército á orillas del Passarage, cerca del Niemen, otro en Varsovia, otro en Silesia, otro en Hamburgo, otro en Berlin, otro en Boloña, otro que va marchando á Portugal, otro que se está reuniendo en Bayona; otro en Italia, otro en Dalmacia, que refuerzo en este momento con 6,000 hombres, y otro en Nápoles: ademas, tengo guarniciones en todas mis costas. Podeis, pues, juzgar, cuando todo esto va á refluir en mis estados, cuan necesario me será calcular severamente mis gastos, no pudiendo contar ya con ningun subsidio extranjero. Debeis tener para las revistas un inspector bastante hábil para que os forme un estado de lo que debe costaros un regimiento, segun nuestros decretos.»

sucederse unas á otras despues de un acontecimiento tan ruidoso como el arresto del heredero presunto de la corona. Como no habia tomado ninguna resolucion, esperaba aprovechar el acontecimiento que mas favorable se presentase á sus deseos, y no fiándose de modo alguno en la habilidad de Mr. de Beauharnais, aunque estaba bien penetrado de su rectitud, no le dio mas instrucciones que las de que lo observase todo, y lo participase á Paris con la posible celeridad.

Las grandes revoluciones se desarrollan por medio de sacudimientos sucesivos, y con intervalos mucho mas largos de lo que desearia la impaciencia humana. Esto fué lo que ocurrió entonces en España: los acontecimientos no se precipitaron tanto como se creyó en un principio.

El príncipe de Asturias, comprometido en una trama poco criminal seguramente, cuyo objeto no era otro que el de desengañar á un padre de cuya credulidad se abusaba, y evitar un acto de usurpacion, el príncipe de Asturias, comprometido en aquella trama sin prudencia, sin discrecion y sin valor, debia mostrar bien pronto que merecia la esclavitud á que queria sustraerse. Encerrado solo en su habitacion, atemorizado cuando pensaba en la suerte que el fundador del Escorial Felipe II, habia hecho sufrir al infante don Carlos, lleno de ideas exageradas sobre la crueldad del favorito, bastante candido para creer que este y su madre habian envenenado á su primera esposa, se imaginó que ya estaba perdido, y quiso salvar su vida por el mas vil de todos los medios, la delacion de sus supuestos complicés. Este hijo, que como se ve, no valia mas que aquellos contra cuya opre-

sion luchaba, formó el proyecto de arrojarle á los pies de su madre y confesarsele todo; confesion que no debia satisfacerla si no decia mas que la verdad, pero que llegaria á ser una traicion infame, si por complacerla cargaba á sus cómplices con supuestos crímenes. Despues de la comunicacion al Consejo que ya hemos referido, el rey fué á buscar en la caza su ordinaria distraccion de los cuidados del trono, que no podia soportar por mucho tiempo. La reina se encontraba sola en el Escorial y siempre encolerizada. Don Manuel Godoy, que habia quedado enfermo en Madrid, continuaba fingiéndose mas agravado de lo que en realidad estaba. Fernando suplicó á su madre que fuese á verle á su estancia para oír su confesion, y recibir la espresion de su arrepentimiento y la seguridad de su sumision. Esta princesa que tenia mas talento que su hijo, y que no queria la reconciliacion, consecuencia probable de la entrevista pedida por el príncipe, le envió al señor Caballero, ministro de Gracia y Justicia, personage muy entendido que sabia desempeñar perfectamente todos los papeles, y que siempre preferia el que le aproximaba mas al partido victorioso. Fernando se humilló profundamente ante aquel ministro de su padre, declaró todo lo que habia pasado, reduciendo no obstante su narracion á la verdad, que no le era muy perjudicial: sostuvo que no habia querido mas que prevenirse contra un ataque á sus derechos, y añadió lo que todavia se ignoraba, que habia escrito á Napoleon pidiéndole la mano de una princesa de Francia. Lo mas grave de aquella espontanea confesion, fué el que designó á los duques de San Carlos y del Infantado, y sobre todo al canónigo Escoiquiz,